

Julia PAVÓN BENITO, Julia BALDÓ ALCOZ y Ángeles GARCÍA DE LA BORBOLLA, *Pamplona y la muerte en el Medievo*, Murcia, Sociedad Española de Estudios Medievales, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Ediciones de la Universidad de Murcia, 2013 (Anexos de *Medievalismo*, 3), 209 págs., ISBN: 978-84-941363-2-0.

Fiel al dinamismo que manifiesta en sus últimos tiempos, la Sociedad Española de Estudios Medievales ha iniciado en 2012 la publicación de los *Anexos de Medievalismo*, colección destinada a acoger “textos de investigación inéditos, [referidos al periodo medieval], cuyas dimensiones se sitúan en un espacio intermedio superior a los habituales en las revistas científicas”. El tercer volumen de esta serie, creada al amparo de la revista de la SEEM, está dedicado al estudio de la muerte en la Pamplona medieval. Nos encontramos, pues, con un trabajo que se integra en una línea de investigación ya plenamente consolidada en el marco de los estudios medievales, aunque en los últimos tiempos se han reducido los trabajos sobre esta temática debido al auge de nuevas inquietudes investigadoras y a la sensación de un cierto agotamiento de esta línea de trabajo como consecuencia de la reiteración de ideas, muchas veces importadas directamente de la historiografía francesa, sin que se haya logrado profundizar en nuevos aspectos o en las particularidades locales. Sin embargo, el presente trabajo responde al buen hacer de auténticas especialistas en el tema y, de algún modo, supone completar el amplio número de publicaciones surgidas al amparo del proyecto de investigación “La muerte en la Navarra medieval” (1998–2003), dirigido por la Dra. Julia Pavón Benito, entre las que

se pueden destacar la monografía *Morir en la Edad Media. La muerte en la Navarra medieval* de Julia Pavón y Ángeles García de la Borbolla (Valencia, 2007), así como numerosos artículos de investigación publicados tanto en revistas como en obras colectivas.

Buenas conocedoras de la materia –lo que se plasma en el correcto manejo de las fuentes, en lo pertinente de los interrogantes realizados a las mismas y en los resultados obtenidos–, las autoras ofrecen a los lectores un trabajo sólido que combina con maestría la erudición y la sencillez, de modo que, tal y como señala Javier Martínez de Aguirre en el prólogo, “no se trata de un libro pensado sólo para especialistas” (pág. 10), aunque, por supuesto, resulta de mucha utilidad para los mismos. Reducido el aparato crítico a la mínima expresión, la obra gana en agilidad sin renunciar a ofrecer un esquema preciso y enriquecedor de los temas elegidos por cada una de las autoras. Más que una monografía, se trata de un compendio compuesto por tres partes o capítulos, cada uno de ellos elaborado por una de las investigadoras. De hecho, aunque cuenta con una introducción, la obra carece de conclusiones generales y, en ocasiones, se advierten ciertas reiteraciones. Sin embargo, estas se justifican y han de ser vistas como consecuencia lógica de la unidad temática de la obra, siendo supe-

radas de tal modo que, aunque los trabajos no pierden entidad en sí mismos y se pueden leer de forma aislada, resulta preferible una lectura de conjunto que en absoluto se hace pesada o reiterativa. La estructura del libro se completa con la edición de dos testamentos en “Documentos anexos” –siendo siempre grata la publicación de nuevas fuentes–, una “Bibliografía orientativa” que contiene las fuentes editadas utilizadas, así como algunos de los principales trabajos sobre el tema –resultando de suma utilidad para todos los que estamos interesados en estudiar la vivencia de la muerte en la Edad Media–, así como un “Índice de textos” y otro de “fotografías”. Estas imágenes y fragmentos documentales se disponen a lo largo de la obra enriqueciendo y ejemplificando sus contenidos. Precisamente, se trata de mostrar a través de estas fuentes, escritas y plásticas, expresiones concretas en las que se han plasmado esos sentimientos y ritos medievales ante la muerte que hoy nos interesa investigar, reconstruir y divulgar.

En la introducción, Julia Pavón anuncia las claves de lo que se ofrece en las páginas del libro: un estudio que “pretende reconstruir las creencias y manifestaciones de sus ciudadanos, [es decir, los pamploneses], en relación a la muerte” (pág. 14). Se aspira a evitar la reiteración de tópicos y, por ello, a pesar de asentarse sobre una tradición historiográfica duradera –demostrándose que nos encontramos ante algo más que una moda–, las autoras acuden a las diversas fuentes locales disponibles para analizar los sentimientos y comportamientos de los hombres y mujeres de un espacio y un tiempo concretos –en este caso, la ciudad de Pamplona durante la Edad Media y, especialmente, en los siglos bajomedievales– para describir y analizar sus actitudes y rituales ante la muerte. Se trata, por tanto, de avanzar en el conocimiento del ámbito de las representaciones mentales, pero sin perder de vista que lo mental está indudablemente ligado a lo social y, de ese modo, lo que se recoge en estas páginas es, en esencia, el latir vital de una sociedad con

inquietudes religiosas, económicas, familiares y, por supuesto, de poder.

Ángeles García de la Borbolla inaugura la obra con un capítulo dedicado a las “Consideraciones y actitudes del hombre ante la muerte”. En el mismo indaga sobre los sentimientos y gestos derivados de la vivencia de la muerte. Para ello, los testamentos, al igual que sucede en el segundo capítulo, se convierten en sus principales fuentes de información. La autora analiza los preámbulos y primeras partes de las últimas voluntades de los pamploneses, donde, junto a los formulismos –cuya fuerte presencia es un condicionante a tener en cuenta, aunque recogen igualmente la mentalidad colectiva–, localiza expresiones y disposiciones que remiten directamente a las devociones personales y a consideraciones sobre “la caducidad de la vida, la esperanza en la salvación personal y la confianza en Dios y en una serie de mediadores” (pág. 20). En este capítulo se nos ofrecen una serie de imágenes sobre la muerte medieval vista como peregrinación y realidad cotidiana, como muerte vivida con esperanza más que como muerte temida. Además, se examinan diversos temas como los sufragios con los que se trataba de ayudar a las almas del purgatorio, la conmemoración y el recuerdo de los difuntos o las solidaridades entre vivos y muertos mediante la celebración de misas y la concesión de ofrendas y limosnas. A continuación, se refiere el recurso a las mediaciones, tanto celestiales como materiales. Prácticas como la encomendación del alma a Dios, la elección de la Virgen como intercesora celestial por excelencia en pleno proceso de cristalización y consolidación de la devoción mariana o el nombramiento de diversos abogados –a veces referidos con fórmulas genéricas como los “santos y santas del Paraíso” o “la corte celestial” –coexistían con otras como la entrega de diversos bienes a instituciones monásticas –muy especialmente a las mendicantes– a cambio de sufragios por el alma, el ejercicio de la caridad mediante la concesión de legados a centros asistenciales o el otorgamiento de mandas para la redención

de cautivos. Es decir, se pide la intercesión de un conjunto de mediadores y, al mismo tiempo, se pone al servicio de la salvación una parte de las propiedades materiales de las que disponen los testadores. Finalmente, la autora alude brevemente a la localización de las sepulturas, en cuya elección entraban en juego cuestiones devocionales, económicas, de poder y, por supuesto, también el deseo de perpetuar las relaciones sociales, fundamentalmente las familiares, más allá de la muerte.

El segundo capítulo, dedicado a las “Ceremonias y espacios funerarios” es de la autoría de Julia Baldó Alcoz, quien, en 2005, presentó su tesis doctoral precisamente sobre “Requiem aeternam”: *Actitudes, ritos y espacios en torno a la muerte en la Navarra bajomedieval*, bajo la dirección de la profesora Julia Pavón Benito. En este caso, la autora traza una síntesis sobre las costumbres funerarias medievales de los hombres y mujeres que habitaron los burgos de la Pamplona medieval. Constituye un complemento indispensable del primer capítulo, pues, de hecho, solo aquí es donde se desarrolla verdaderamente la topografía funeraria de la ciudad. Es decir, la autora señala cuáles fueron los principales lugares de enterramiento y lo ejemplifica con la incorporación de diversos fragmentos documentales. Sin embargo, antes de ello, se centra en describir, explicar y, por supuesto, ejemplificar las diversas fases que componían el ritual funerario necesario para completar con éxito el modelo de la “buena muerte”: la redacción del testamento, el acompañamiento de los enfermos, la administración de los sacramentos, la difusión de la noticia de la defunción mediante pregones y el tañer de las campanas, la preparación del cadáver, la velación y las vigilias, el cortejo fúnebre, el funeral y el entierro, así como la celebración de diferentes banquetes: los banquetes propiamente dichos, las pitanzas y las colaciones. La ausencia de referencias concretas sobre el discurrir de estos acontecimientos en casos individuales se suple con el análisis detenido de ordenanzas, constituciones de cofradías y

actas sinodales. Todo ello nos dibuja un ritual colectivo y dinámico, en el que la sociedad se movilizaba en torno a los muertos de la comunidad y en relación al cual las autoridades trataron de evitar en todo momento cualquier tipo de exceso mediante la promulgación de diversas normativas.

Nos encontramos, pues, ante dos capítulos que se muestran especialmente sensibles hacia la religiosidad y sentimientos de los hombres y mujeres de la Edad Media ante la muerte. Sus autoras examinan con atención las costumbres y ritos funerarios y también aquellos que se realizaban una vez que se producía la separación definitiva entre el alma y el cuerpo, iniciándose el camino hacia el Más Allá. Sin embargo, la importancia histórica de Pamplona como centro de referencia en el viejo reino de Navarra hace que se haya decidido enriquecer todo lo anterior con el estudio concreto de las “Exequias regias”, tercer y último capítulo de la obra, elaborado por la ya citada Julia Pavón. Su trabajo trasciende lo meramente funerario para ofrecer al lector una evolución diacrónica de las diferentes dinastías que ejercieron el poder monárquico en Navarra mediante el estudio de la relación que se estableció entre los monarcas y una ciudad que, por diversas vicisitudes –su alejamiento de las fronteras de expansión del reino, el peso de la autoridad episcopal, el absentismo de diversos reyes, especialmente aquellos más vinculados al área francesa, o la propia naturaleza itinerante de las cortes medievales– no consiguió asentarse como capital única del reino y, por tanto, tampoco como panteón regio navarro. La historia de este “frustrado proyecto”, impulsado en algunas etapas de su historia como la inaugurada por García Ramírez o, posteriormente, la protagonizada por los Evreux en el marco de una política de “navarrización de la monarquía”, se va analizando en este estudio, en el que la autora refleja la importancia de la muerte de los reyes y reinas como un acontecimiento que, más allá de contar con una escenificación concreta –más o menos teatralizada e influenciada por

diversas tradiciones endógenas y exógenas–, constituía un buen reflejo de las concepciones existentes en cada momento sobre el papel de la propia institución monárquica. A pesar de la falta de descripciones ricas en detalles sobre los funerales regios, de los numerosos silencios existentes en las crónicas y de la escasa conservación de los sepulcros de los reyes y reinas de este territorio, la autora nos ofrece unas pautas generales de gran utilidad para conocer los cambios experimentados en torno a la vivencia de las exequias regias y sus implicaciones políticas, ideológicas y sociales.

La obra en su conjunto demuestra que a partir del análisis detenido de casos particulares –aquí el estudio de la muerte en la Pamplona medieval–, es posible seguir enriqueciendo nuestros conocimientos sobre realidades más amplias –en esta ocasión, las actitudes y la vivencia de la muerte en el Occidente medieval–. Ciertamente, gran parte de las conclusiones obtenidas son similares a las de otras investigaciones semejantes referidas a espacios geográficos diferentes: la necesidad de prepararse espiritual y materialmente para la llegada de la muerte, la búsqueda de mediaciones materiales y celestiales, la perpetuación de las diferencias sociales en los ritos funerarios y lugares de sepultura, la penetración de los difuntos en el interior de las iglesias... Sin embargo, las autoras logran evitar la mera reiteración de tópicos e ideas preconcebidas mediante el análisis cualitativo de la documentación disponible: en gran medida testamentos, pero también ordenanzas, actas sinodales o crónicas. Precisamente, en la obra apenas tenemos referencias cuantitativas, algo explicable por la no gran abundancia de fuentes conservadas, especialmente en lo que se refiere a los protocolos notariales, lo que exige a los medievalistas –en comparación, por ejemplo, con los modernistas– ser más cautos, afinar la metodología y apostar por el análisis minucioso de cada uno de los instrumentos disponibles y proceder a su comparación. De ese modo y más allá de

cifras *a priori* completas –si es que en historia existe tal cosa–, se aprecian igualmente y con nitidez los comportamientos sociales ante la muerte, las realidades mentales y, por supuesto, la evolución de todo ello en el tiempo, no cayendo en el peligro de la mera cuantificación descriptiva y escasamente analítica. Además de confirmar la implantación en la Pamplona medieval –y de comienzos de la Modernidad– de costumbres testamentarias, funerarias y devocionales comunes a la Cristiandad latina, las autoras enriquecen su trabajo con nuevos planteamientos e interrogantes. Se posicionan y demuestran que hemos de ser cautos con lugares comunes como el de la acentuación del miedo ante la muerte en el contexto bajomedieval. Al margen de las artes plásticas y literarias –discursos creados en gran medida por y para las élites y que contienen altas dosis de dramatismo–, otras fuentes, como los testamentos, evidencian la aceptación de una muerte que se presenta como inevitable y certera, como voluntad de Dios. Obviamente, ello no supone que no se tema el momento y sobre todo lo incierto del camino hacia el Más Allá. Sin embargo, la creencia en la Vida Eterna es una realidad incontestable y se confía en la misericordia divina. De todos modos, esto no excluye la constante búsqueda de mediaciones espirituales y materiales, aunque no por ello se ha de reducir el discurso historiográfico a hablar de una simple “matemática de la salvación”. Junto a estas consideraciones que matizan y enriquecen consideraciones muchas veces repetidas sin ningún tipo de crítica, la otra gran aportación de la obra, además de lo que supone para conocer mejor la historia local, es ese último capítulo sobre las exequias regias, en el que se observa la importancia de enriquecer la “historia de muerte” con nuevas visiones, en este caso aplicando una mirada propia de la historia del poder. Al fin y al cabo, los funerales y enterramientos regios estaban muy ligados a un determinado proyecto político, tal y como señala Julia Pavón, quien muy acertadamente alude a conversión

de la “defunción del soberano en generadora de un código de valores políticos, religiosos y espirituales” (pág. 176). Al margen de las particularidades vinculadas al poder monárquico, tal vez se echa en falta una mayor preocupación por precisar comportamientos diferenciados en función de factores como la procedencia social o el sexo de los individuos. De todos modos, aunque se prioriza la construcción de un discurso general referido al conjunto de pamploneses, sí encontramos, aunque sea sutilmente, algunas referencias a actitudes diferenciadas: el mayor impacto de la espiritualidad mendicante en el ámbito urbano frente al rural, la preferencia femenina por los hábitos mendicantes como mortaja o, por supuesto, las diferencias sociales a la hora de escoger un determinado lugar de sepultura o en la cantidad y diversidad de legados piadosos encargados a través de los testamentos.

En definitiva, resulta siempre gratificante la aparición de nuevos trabajos que, mediante el análisis de las realidades locales, contribuyan a enriquecer nuestros conocimientos

sobre la sociedad medieval en su conjunto evitando caer en la mera repetición de generalidades. Además, creemos que en este caso el interés se acentúa al ser abordada la realidad navarra, concretamente a través del caso pamplonés, territorio muchas veces oculto tras el peso que la historiografía peninsular concede a lo castellano y lo aragonés, o, en todo caso, también a lo portugués, olvidándose en lo académico y en lo científico de las realidades y vicisitudes de este otro reino norteño. A esto debemos añadir que, a lo largo de la obra, se percibe en todo momento el buen hacer de las autoras, la madurez con la que llevan a cabo el análisis de sus fuentes y su capacidad para integrar nuevos interrogantes y revisar otros ya clásicos, siempre con un afán plenamente divulgativo aunque sin renunciar a la calidad científica. Cojamos ahora el modelo, enriquezcámoslo con nuestras propias inquietudes y pongámoslo en práctica en relación a las realidades concretas que más nos interese conocer.

---

*Miguel García-Fernández*

*Universidad de Santiago de Compostela*